

El norte de África y las monarquías del Golfo:
intereses, dinámicas y agendas regionales

David Hernández Martínez

Universidad Autónoma de Madrid

david.hernandez@inv.uam.es

Nota biográfica: Profesor de cooperación y relaciones internacionales, Universidad Camilo José Cela. Investigador del Taller de Estudios Internacionales Mediterráneos (TEIM), Universidad Autónoma de Madrid. Miembro del proyecto de investigación: *Crisis y dinámicas locales y transnacionales en el Mediterráneo Occidental. Cambios sociopolíticos, movilizaciones y diáspora*. Miembro del grupo de investigación: *Seguridad, Desarrollo y Comunicación en la Sociedad Internacional*.

Resumen: El trabajo realiza un estudio comparativo sobre las acciones y agendas regionales desarrolladas en la última década por las monarquías del Golfo con los países del norte de África: Marruecos, Argelia, Túnez, Libia y Egipto. La investigación presenta los principales elementos que protagonizan y condicionan estas relaciones, examinando los intereses que subyacen en la aproximación entre los países de ambas regiones y su incidencia no solo en las coyunturas de la zona, sino también en las vicisitudes internas de cada de Estado. El artículo parte de la hipótesis inicial que argumenta que ciertas monarquías del Golfo como Arabia Saudí, Qatar o Emiratos Árabes Unidos (EAU) están desempeñando un rol cada vez más importante en los contextos domésticos del norte de África, influyendo en la acción exterior, estrategias regionales y comerciales de los regímenes locales, así como en las propias vicisitudes políticas y sociales de cada país.

Palabras clave: norte de África, monarquías del Golfo, revueltas árabes, dinámicas regionales, alianzas.

Introducción

La región del norte de África está marcada en la década entre 2011-2021 por importantes transformaciones políticas y sociales, que repercuten no solo en la estabilidad de la zona, sino también en las dinámicas domésticas de los diferentes países. Marruecos, Argelia, Túnez, Libia y Egipto están inmersos en coyunturas y vicisitudes que determinan tanto su escenario interno como sus relaciones hacia el exterior. Los acontecimientos surgidos a partir de las protestas antiautoritarias de 2011 conocidas como Primavera Árabe dejan un entorno marcado por la convulsión, tensión e incertidumbre, que recoge también la incidencia creciente de actores extranjeros procedentes de Oriente Próximo.

El norte de África ha tenido históricamente una importancia vital y estratégica para los países europeos y la potencia estadounidense. Sin embargo, en los últimos diez años existe un peso político, militar, económico e, incluso, religioso cada vez mayor de otros Estados de la esfera árabe, que buscan aumentar su protagonismo y márgenes de influencia en la región. Las monarquías árabes del Golfo como Arabia Saudí, Qatar, EAU y, en menor medida, Bahréin, Kuwait y Omán están situando a los países de la cuenca del sur del Mediterráneo entre una de las principales prioridades de su política internacional, reflejo también de la particular rivalidad y confrontación que existe entre estos regímenes.

La presencia de las monarquías árabes del Golfo en los diferentes países del norte de África no es cualitativa y cuantitativa similar. Las relaciones con los regímenes de la zona y los principales actores de los escenarios domésticos están vehiculizados a través de tres grandes ámbitos: político-religioso, securitario y económico. En este sentido, el papel desempeñado en Marruecos, Argelia, Túnez, Libia o Egipto tampoco es semejante y está condicionado a la propia evolución de las circunstancias locales, así como según los objetivos e intereses que guían la acción de saudíes, qataríes o emiratíes. El resultado es el engarzamiento de unas interdependencias y conexiones cada vez más complejas.

La investigación tiene como objetivo general analizar el tipo de relaciones que, entre las monarquías árabes del Golfo con los países del norte de África, así como valorar y explicar los efectos que tiene sobre las dinámicas internas de cada Estado y en el conjunto de la región. El trabajo plantea un estudio comparativo que permite contextualizar y profundizar en los vínculos existentes entre cada una de las partes, las razones que justifican las fases de acercamiento o disenso, además de plantear los posibles marcos sociopolíticos que pueden surgir en el medio y largo plazo. El impacto de este tipo de vinculaciones es relevante para la estabilidad del mundo árabe y el entorno mediterráneo.

Contexto regional del norte de África

La Primavera Árabe comienza en diciembre de 2010 en Túnez y en unas pocas semanas se extiende por numerosos países del norte de África y Oriente Próximo. Las consecuencias más visibles de este fenómeno sin precedentes en la región fue el cambio de régimen político en Túnez y Egipto, el conflicto civil en Libia, cambios constitucionales en Marruecos y unas réplicas posteriores a partir de 2019 en Argelia. La marcha del presidente tunecino Ben Alí el 14 de enero de 2011 supone un punto de inflexión en el entorno, ya que representa el inicio de un nuevo período. Los últimos diez años representan una fase de transición, acomodo y reconfiguración social y política.

El contexto regional del norte de África queda totalmente transformado a partir de 2011, dando lugar a una etapa donde se combinan temas y problemas estructurales de distinta índole, junto a nuevas cuestiones que condicionan diversas dinámicas domésticas y globales. El impacto de los cambios no será igual en los cinco países, donde Libia representa el caso extremo con un conflicto interno enquistado, mientras que el país tunecino se erige como el único ejemplo democrático exitoso tras la Primavera Árabe (Meneses, 2017: 198-199). Entre los cambios más destacados en la zona estará la forma que tienen los regímenes de implementar su política exterior y establecer nuevas alianzas.

Las multitudinarias movilizaciones entre diciembre de 2010 y enero de 2011 en Túnez supusieron el fin del régimen del presidente Ben Alí, que llevaba en el poder más de veinte años. El estado tunecino inició una prolongada y frágil transición democrática, que contó con el respaldo de gran parte de la Comunidad Internacional (González y Meilán, 2018: 130-131). En octubre de 2011 se celebraron las primeras elecciones libres dando lugar a una Asamblea Constituyente. El 26 de enero de 2014 consiguió aprobarse una nueva constitución, que consolida el cambio democrático en territorio tunecino, aunque los problemas sociales y económicos que dieron lugar a la revolución siguen presentes.

La política interna en Túnez está fuertemente marcada por corrientes de carácter más asociado al islamismo político, encabezadas por el Partido *Ennahda*, así como otras posiciones más liberales, laicas o de izquierdas (Godoy, 2016: 74-77). El país sigue sin dar respuesta a cuestiones como la desigualdad social, los desequilibrios territoriales entre costa-interior, la falta de oportunidades o la desafección política. Además, se suma la amenaza del terrorismo yihadista, como los ataques de 2015 o los numerosos tunecinos que se han enrolado en organizaciones como el Daesh. En este sentido, el contexto nacional está condicionado por la fragilidad del nuevo sistema y la tensión social.

Libia es el segundo caso más paradigmático de las profundas transformaciones ocurridas en el norte de África en los últimos diez años. Las protestas surgidas en enero de 2011 rápidamente escalaron a un conflicto civil entre diferentes fuerzas de oposición concentradas en torno a un Consejo Nacional y los elementos leales al presidente Muamar el Gadafi, que llevaba en el poder desde 1969. El resultado de la contienda fue el derrocamiento del régimen dictatorial y el inicio de una complicada transición a finales de 2011. La incapacidad del Gobierno de concentración derivó en una inestabilidad y violencia creciente, haciéndose con el control de facto del territorio diferentes milicias y facciones, que encontraron el apoyo y la inferencia de potencias extranjeras.

Libia quedó fragmentada y convertido en un Estado fallido. Los enfrentamientos entre los grupos armados desencadenaron una nueva guerra civil condicionado por el apoyo de actores externos (Fernández Molina, Feliu y Hernando de Larramendi, 2019: 369-371), que se extendió desde mayo de 2014, hasta octubre de 2020. El bloque liderado por el general Jalifa Haftar se hizo con el control de amplias zonas del este del país, apoyado por Egipto, EAU o Arabia Saudí. Otras fuerzas se concentraron en torno al Gobierno de Unidad Nacional en Trípoli del presidente Fayeza al Sarraj, respaldado por potencias europeas y Qatar y Turquía. La consecuencia más directa es que Libia dejó de ser un Estado pivote en la región para convertirse en un foco permanente de inestabilidad.

Egipto es el tercer país del norte de África donde las transformaciones políticas y sociales adquieren mayor impacto, aunque sin alcanzar ni la transición democrática de Túnez, así tampoco la escalada de violencia de Libia. La Primavera Árabe egipcia impulsó el derrocamiento del presidente Hosni Mubarak, en el poder desde hacía 30 años, dando lugar a un cambio de régimen, que propició elecciones libres en el país en diciembre de 2011, una nueva constitución en diciembre de 2012 y el primer Gobierno conformado por el partido islamista de los Hermanos Musulmanes presidido por Mohammed Morsi.

El cambio de régimen en Egipto no contó con el respaldo internacional que sí tuvo la transición tunecina. La llegada al poder de los Hermanos Musulmanes solo fue respaldada decididamente por Qatar, Turquía e Irán, ya que es una formación considerada ilegal en gran parte de regímenes de la zona. En julio de 2013, las Fuerzas Armadas en Egipto protagonizaron un golpe de Estado (Azaola y González, 2017: 37-38), derrocando al presidente Morsi y los Hermanos Musulmanes, suspendiendo la constitución y tomando el control el general Abdel Fatah al Sisi. El Gobierno militar y la figura de al Sisi cuentan con el respaldo político y económico de países de la región como Arabia Saudí y EAU.

Marruecos puede ser el país del norte de África que muestra mayor estabilidad interna en la última década, pese a los diversos acontecimientos ocurridos en el entorno. La Primavera Árabe de 2011 tuvo un impacto limitado en el reino marroquí, pero el temor a que la contestación social creciera propició que el rey Mohammed VI impulsara una reforma de la constitución, que introducía cambios en el régimen de mayor calado democrático. El monarca sigue manteniendo amplias competencias y responsabilidades de Gobierno, especialmente la política exterior y de defensa del país es un tema de particular atención para la corona, que sigue marcando las principales líneas de actuación.

La reforma política del sistema marroquí, que da lugar a un papel destacado al partido islamista de Justicia y Desarrollo, que lleva liderando los Gobiernos nacionales desde noviembre de 2011, no ha resuelto ciertos problemas sociales y territoriales presentes en Marruecos (Fernández-Molina, 2015: 240-241). La cuestión de la soberanía del Sáhara Occidental sigue siendo central para el régimen marroquí, pero también lo es otro tipo de tensiones territoriales como las sucedidas en el Rif a lo largo de 2017. En este sentido, existen otros problemas estructurales que se pueden convertir en desencadenantes de posibles conflictos internos como la desigualdad y pobreza, agudizados tras la pandemia de 2020 y las aspiraciones de mayor aperturismo en ciertos sectores de la sociedad.

Argelia es el caso del norte de África que muestra una evolución política muy diferente al resto de países de la zona. De igual forma, las monarquías árabes del Golfo no tienen una incidencia tan destacada en Argelia como sí han logrado tener en Libia, Egipto o Marruecos. El impacto de la Primavera Árabe en 2011 fue irrelevante en el país argelino, debido en gran medida a que todavía el final de la guerra civil entre 1991 y 2002 estaba muy reciente. El sistema político argelino estaba caracterizado por la concentración del poder entre una élite política y económica formada principalmente por dirigentes del partido hegemónico del Frente de Liberación Nacional y las Fuerzas Armadas.

La aparente estabilidad interna en Argelia se quebró a partir de febrero de 2019 con el movimiento popular *Hirak*, que se oponía a la perpetuación en el poder del presidente Abdelaziz Bouteflika (Thieux y Hernando de Larramendi, 2019: 27-28). Las protestas se tornaron en un fenómeno que recordaba a la Primavera Árabe o las manifestaciones en Irak y Líbano de 2019 y la revolución sudanesa en el mismo año. La tensión política y social de Argelia provocó la renuncia de Bouteflika pero el régimen se mantiene intacto, encabezado por Abdelmadjid Tebboune. La crisis derivada del coronavirus ha paralizado coyunturalmente las protestas ciudadanas, aunque persiste la fractura interna en el país.

La política exterior de las monarquías del Golfo

Las estrategias implementadas por los regímenes miembros del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) son la respuesta y adaptación a las transformaciones en el entorno. La Primavera Árabe constituye una brecha en el statu quo de Oriente Próximo (Elakawi, 2014: 223-224), que induce a los cambios introducidos en política internacional por parte de las monarquías. La acción exterior se convierte para estos países y sus Gobiernos en uno de los medios fundamentales para garantizar la propia pervivencia de sus sistemas, evitando verse afectados por las corrientes revolucionarias y reduciendo los márgenes de convulsión, inseguridad e incertidumbre que predominan a partir de 2011 en la región.

El norte de África emerge como espacios de oportunidades para reforzar las políticas internacionales de ciertas monarquías del Golfo. El objetivo es aprovechar las crisis y debilidades internas de los diferentes países para consolidar a Arabia Saudí, Qatar o EAU como potencias relevantes y determinantes en la zona. En este sentido, a través del protagonismo adquirido en las dinámicas internas de Marruecos, Libia o Egipto, los principales miembros del CCG consiguen reforzar su relevancia dentro de la esfera árabe y convertirse en actores indispensables. Las estrategias seguidas en el norte de África son reflejo de las profundas divergencias políticas que existen entre las monarquías.

El contexto acaecido en la década de 2011-2021 es interpretado de formas variadas por los regímenes y eso influye en la forma de implementar sus políticas exteriores. Arabia Saudí concibe las transformaciones regionales como una amenaza a su posición de liderazgo regional, lo que le conduce a intentar reforzar su estatus hegemónico (Hernández, 2018: 209-211). Qatar y EAU consideran esta nueva fase como una oportunidad para ampliar espacios de influencia y desempeñar roles importantes en puntos centrales de la zona. Bahréin, Omán y Kuwait mantienen conductas más precavidas, intentando no involucrarse en problemas que puedan afectar a su estabilidad.

Los análisis e interpretaciones realizados tras el estallido de la Primavera Árabe explican el papel desequilibrado que llevan a cabo unas monarquías del Golfo en relación con el resto. Arabia Saudí, Qatar y EAU son los tres países que destacan por asumir en los últimos diez una presencia creciente en áreas de Oriente Próximo, el cuerno de África, Sahel y el norte de África. Por esta razón, la incidencia política, económica o securitaria sobre Marruecos, Túnez, Argelia, Libia y Egipto de los regímenes de Bahréin, Omán y Kuwait es considerablemente menor, ya que estos últimos no buscan comprometerse en escenarios que no consideran vinculantes para sus objetivos e intereses nacionales.

Las divergencias en el CCG ante las transformaciones regionales quedaron manifestadas en la crisis de 2017. Arabia Saudí, EAU, Bahréin y Egipto lideraron un bloqueo económico y diplomático sobre Qatar, que pudo escalar a un conflicto militar en el Golfo (Hernández, 2020: 120-122). Kuwait y Omán trabajaron durante casi cuatro años para restituir las relaciones entre las monarquías. La división se mantuvo hasta enero de 2021, cuando los seis regímenes volvieron a retomar el trabajo conjunto en la reunión del Consejo en la ciudad saudí de Al-Ula, bajo el compromiso de actuar de forma más coordinada ante los desafíos en el entorno y recuperar una agenda común.

La dinastía Al Thani de Qatar concibe su política internacional como un poderoso recurso para asegurar la pervivencia política de la monarquía y la propia existencia del país. El Estado qatarí es consciente de las debilidades de un país que no tiene las capacidades y recursos de otras potencias regionales, por lo que busca desarrollar una acción exterior autónoma e independiente que vele por sus intereses. Las crisis surgidas tras la Primavera Árabe en Oriente Próximo y el norte de África son para Qatar una oportunidad estratégica dejando el rol de mediador e interlocutor (Roberts, 2012: 237-238), que pasa a una parte activa de las disputas regionales. Esta estrategia resulta peligrosa pero también proporciona a Qatar mayores redes de aliados e interdependencias.

EAU sigue una política internacional semejante a la qatarí en cuanto sus objetivos esenciales de proporcionar al país mayor independencia política y seguridad interna (Guéraiche, 2019: 395-397). La estrategia encabeza por el príncipe Mohammed bin Zayed difiere de la de Qatar en cuanto al tipo de alianzas establecidas en Yemen, Siria, Libia, Egipto o, incluso, en el tipo de relaciones a mantener con Irán. Además, para los emiratíes un componente esencial de su estrategia regional es seguir conservando una elevada coordinación con Arabia Saudí, aunque no signifique queda supeditados a las iniciativas de Riad, ya que EAU posee sus propias prioridades en cada escenario.

La política exterior de la monarquía saudí sufre un cambio destacado en su evolución a lo largo de los últimos diez años. El período final del reinado de Abdalá entre 2011-2015 estuvo marcado por una estrategia comedida sobre la forma de actuar en el entorno, evitando el posible efecto contagio revolucionario en el país. No obstante, a partir de 2015, con la llegada al poder del rey Salman y, sobre todo, la figura del príncipe Mohammed bin Salman se establece una transformación (González del Miño y Hernández, 2019: 120-122). El objetivo para los Saud será el de consolidar la posición de líder árabe y musulmán de la nación saudí en varios frentes simultáneamente.

Las relaciones entre el norte de África-Golfo

La presencia de las monarquías árabes del Golfo en los países del norte de África no ha sido igual tanto por la intensidad de las relaciones como por los temas que abarcan. Egipto, Libia y Marruecos destacan por ser en aquellos puntos donde la inferencia de las potencias del CCG destaca más, aunque con claras diferencias en cada uno de los casos. Túnez y Argelia no se percibe una influencia tan clara como en los otros tres. Tales circunstancias generan un mapa regional complejo, donde se traslada la rivalidad política de las monarquías, condicionando la forma de relacionarse con los actores locales.

La Primavera Árabe comenzó en Túnez y es el único punto del norte de África y Oriente Próximo donde se ha producido un cambio de régimen efectivo. Al contrario que en Libia, Siria o Egipto, el país tunecino no tiene la misma relevancia estratégica, lo que ha reducido la atención de potencias extranjeras sobre las dinámicas internas, permitiendo un mayor consenso dentro de la Comunidad Internacional sobre el apoyo a la transición democrática tunecina y un grado más elevado de autonomía por parte de sus instituciones y agentes nacionales. Sin embargo, los líderes tunecinos han acudido al exterior en busca de apoyo hacia el nuevo sistema político y también respaldo para atender los numerosos problemas estructurales que hereda el país del antiguo Gobierno dictatorial.

Las monarquías árabes han recibido el cambio político en Túnez de diferente manera. Arabia Saudí en su estrategia contrarrevolucionaria ante las transformaciones regionales (Al Rasheed, 2017), fue de los pocos países en apoyar oficialmente al presidente Ben Alí, quien se exilió en el reino y terminaría muriendo allí en septiembre de 2019. Qatar fue el primer país del CCG en apoyar la transición democrática tunecina en busca de nuevas alianzas en la zona. En sintonía a la labor que desempeño en Egipto con los Hermanos Musulmanes o en Siria y Libia apoyando a determinadas facciones de las fuerzas opositoras, los qataríes comenzaron a respaldar a fuerzas islamista como *Ennahda*.

El desarrollo proactivo de la política exterior de Qatar tras la Primavera Árabe le permitió tener mayor peso en la zona, que el resto de las monarquías del Golfo. En Túnez, aunque su influencia fue menor que en Libia o Egipto, la diplomacia qatarí se convirtió en uno de los principales apoyos políticos de *Ennahda* e importante respaldo económico al nuevo régimen (Priego, 2015: 239-240). La actuación de Arabia Saudí y EAU en territorio tunecino fue más tarde y se realizó principalmente para contrarrestar la influencia qatarí. Los vínculos se canalizaron a través del apoyo político a otras fuerzas distintas a las secundadas por Qatar y un peso creciente en las relaciones comerciales de Túnez.

La rivalidad entre las monarquías árabes también tiene su traslación en el caso tunecino, ya que se convierte en un elemento desestabilizador de la frágil transición en el país. La división política en Túnez quedó reflejada en 2020, cuando algunos partidos de la oposición acusaron al líder islamista Rached Ghannouchi de seguir la agenda qatarí (Jacobs, 2020), alertando del elevado grado de injerencia que está teniendo Qatar en los asuntos internos. No obstante, en los últimos años se han reforzado tanto los paquetes de ayuda económica e inversiones que proceden de Arabia Saudí, EAU y Qatar, mientras el Gobierno tunecino busca equilibrar este tipo de relaciones para mantener su autonomía.

La Primavera Árabe tuvo una réplica casi inmediata en Libia, donde también se produjo un cambio de régimen, aunque a diferencia de Túnez de forma infructuosa. En la nación libia la injerencia de las potencias del GCC se traslada desde el ámbito político-religioso y económico al puramente militar. La relevancia estratégica de Libia, que es un país pivote en el norte de África en la conexión entre el Sahel y el Mediterráneo, hace que la injerencia extranjera sea claramente mayor. En la guerra libia y la división interna intervienen desde monarquías árabes como Arabia Saudí, Qatar y EAU, hasta Turquía y Egipto, además de Rusia, Estados miembros de la UE y la potencia estadounidense.

El derrocamiento de Muamar el Gadafi fue considerado por los socios del CCG como una oportunidad para ampliar su influencia. El líder libio fue muy crítico con los regímenes del Golfo y, especialmente, con la posición hegemónica de Arabia Saudí. A pesar de compartir el objetivo de impulsar un cambio de régimen, las monarquías árabes no siguen una ruta común, que se traduce en apoyos diferentes a las facciones de la oposición y en la posterior guerra civil. Qatar fue quien tomó la iniciativa a respaldar a los rebeldes libios, aplicando un modelo de intervención que luego replicaría en Siria (Nuruzzaman, 2015: 230-231). El reino saudí y EAU se sumarían a la intervención internacional más adelante.

La presencia en Libia se tradujo en respaldo político a diversos actores nacionales, apoyo económico en forma de paquetes de ayuda e inversiones y soporte militar. EAU y Qatar asumieron un rol más relevante que Arabia Saudí, encargados del entrenamiento, armamento y recursos de diferentes milicias (Megerisi, 2020: 4-5). La diplomacia qatarí siguió la línea de apoyo a facciones vinculadas al islamismo político en torno al Gobierno Nacional de Transición, mientras que EAU y, más adelante, Arabia Saudí se convertirían en importantes socios políticos y económicos del general Haftar, quien tenía en sus propósitos reducir la influencia islamista en Libia. A pesar de los acuerdos alcanzados en 2020, las monarquías del GCC no tienen una posición común sobre el futuro libio.

La falta de consenso y coordinación en las acciones regionales en el norte de África también quedan manifestadas en Egipto. Al igual que ocurrió en Túnez, el presidente Hosni Mubarak era un estrecho aliado político de Arabia Saudí y EAU y, por esta razón, la mayor parte de miembros del CCG se manifestaron en contra de la revolución egipcia. Sin embargo, Qatar rompió con esa tendencia contrarrevolucionaria y su cadena estatal de televisión Al Jazeera se encargó de dar una cobertura especial de las protestas (Maziad, 2020: 1070-1072). En este sentido, con la llegada al poder de los Hermanos Musulmanes, la diplomacia qatarí será uno de los grandes apoyos junto a Irán en el Golfo.

La tendencia de Qatar por respaldar a facciones vinculadas al islamismo político en Túnez, Libia o Egipto, en contraposición con la postura más reacia de Arabia Saudí y EAU se debe a una divergencia ideológica y de intereses. Para las autoridades qataríes, las formaciones islamistas no representan una amenaza real a su régimen político (Azaola, y Hernando de Larramendi, 2020: 3-4), sino que según su interpretación son actores clave en el futuro de la región. No obstante, para saudíes y emiratíes el auge del islamismo político constituye una seria oposición al modelo político de autoritarismo monárquico, que propugnan estos países y que buscan preservar pese a las transformaciones regionales.

La iniciativa qatarí de apoyo al ejecutivo de Mohammed Morsi terminó fracasando a partir del golpe de Estado de 2013. Más aún, el situó en una posición comprometida ya que el régimen egipcio de al Sisi se convirtió en uno de los principales polos críticos con Qatar en la región, así como su imagen internacional quedó fuertemente asociada a los Hermanos Musulmanes. En este sentido, Arabia Saudí y EAU lograron reforzar sus vínculos políticos, económicos y securitarios con el nuevo Gobierno egipcio, estableciéndose una relación de alta dependencia, donde estas monarquías tienen una elevada capacidad de influencia sobre la agenda nacional y exterior de Egipto.

Marruecos es el país del norte de África junto a Egipto que tiene unas relaciones más consolidadas con las monarquías del Golfo, aunque a diferencia del régimen egipcio, el reino marroquí intenta que la aproximación sea equilibrada con todos los miembros del CCG. Las crisis regionales surgidas tras la Primavera Árabe reforzaron el interés mutuo por reforzar las relaciones bilaterales. Arabia Saudí impulsó en 2011 la iniciativa de admitir a Marruecos y Jordania en la organización regional (Hernández, 2017), aunque la propuesta no llegó a materializarse debido a las reticencias de los países. Las autoridades marroquíes rechazan la posibilidad de ingresar en el GCC por los riesgos de perder autonomía en política exterior o en materia comercial debido al proceso de integración.

Las monarquías del Golfo reactivaron su interés estratégico en Marruecos entre 2011-2021, que se ha traducido en una intensificación de las relaciones en varios ámbitos. En primer lugar, en el aspecto político, los miembros del CCG han respaldado la corona marroquí y la figura de Mohammed VI como elementos clave para la estabilidad de la zona, además de respaldar puntos de la agenda de Rabat como es el reconocimiento de la soberanía sobre el Sáhara Occidental. En segundo lugar, el reino marroquí ha logrado recibir paquetes de ayudas económicas por parte del CCG de más de 10 mil millones de dólares (Isaac, 2015: 264-265). Por último, las inversiones y asociaciones comerciales entre las dos partes han aumentado considerablemente, junto a acuerdos militares.

Las monarquías del Golfo lideradas por Arabia Saudí, EAU y Qatar se están convirtiendo progresivamente en importantes agentes económicos en Marruecos, por detrás de EE. UU. y de España o Francia. Sin embargo, también adquieren un rol securitario, que se manifiesta en dos niveles concretos. Por un lado, la participación de Marruecos en la coalición militar del CCG en la guerra de Yemen (Darwich, 2018: 128-129), aunque se retiró en 2019 debido a la crisis diplomática con Arabia Saudí tras el apoyo marroquí a Qatar. Por otro, los acuerdos alcanzados en materia de defensa para fortalecer la cooperación, así como recursos económicos para reforzar sus capacidades militares.

La intensidad de las relaciones con Marruecos constituye el polo opuesto a la situación con Argelia, que es el país del norte de África donde las monarquías del Golfo tienen menor peso político y económico. Estas circunstancias se justifican por causas históricas, ya que los miembros del CCG siempre habían tenido mayor cercanía ideológica con el régimen marroquí, lo que les distanció de los posicionamientos del régimen argelino (Lefèvre, 2017: 702-703). Aún más, la relevancia estratégica para las potencias árabes del Golfo ha estado en otros puntos de la zona, delimitando la atención sobre Argelia.

El contexto regional tras la Primavera Árabe de 2011 induce un cambio en las complicadas relaciones con las monarquías árabes del Golfo. Argelia decide equilibrar más sus vínculos con Irán, que había sido un estrecho aliado político, para favorecer el acercamiento al bloque del CCG (Dazi-Héni, 2019: 246-248). La inestabilidad y convulsión en el entorno propicia que Arabia Saudí, EAU o Qatar prioricen también reducir tensiones con el régimen argelino para encontrar un nuevo aliado en el norte de África. Sin embargo, las movilizaciones surgidas en 2019-2020 ponen en cuestión los intereses políticos de las monarquías del Golfo, que quedan pendientes de la evolución de las dinámicas internas en Argelia y de las posibilidades de nuevas transformaciones.

Conclusión

Las relaciones entre el norte de África y las monarquías árabes del Golfo conocen su mayor plenitud en el período entre 2011 y 2021. Los acontecimientos ocurridos en Oriente Próximo y en los países limítrofes del Mediterráneo tras la Primavera Árabe aboca a una interdependencia creciente, que no se había producido en ninguna otra época del pasado. Sin embargo, los vínculos entre las dos regiones presentan numerosos matices y condicionantes, que hacen que sean unas conexiones singulares y, en cierto modo, desequilibradas. En este sentido, no son unas ligazones recíprocas y complementario, sino que la correlación de fuerzas es favorable a las potencias del CCG, que son capaces no solo de establecer asociaciones económicas o políticas, sino interferir en asuntos internos.

Las relaciones entre el norte de África y las monarquías del Golfo están también caracterizadas por producirse en un ambiente de rivalidad y falta de coordinación. Por un lado, los países del norte de África no tienen ninguna posición común con respecto al tipo de estrategia a implementar en sus aproximaciones a los regímenes del Golfo. Por otro, los principales miembros del CCG no han establecido ningún tipo de coordinación en sus iniciativas sobre Egipto, Libia, Túnez, Marruecos o Argelia. Esta región se convierte en un escenario más de la competición política entre saudíes, qataríes o emiratíes.

La finalidad por parte de las monarquías del Golfo no es el de crear sinergias y relaciones proporcionadas y armónicas, sino provocar contextos de dependencia política, económica y securitaria por parte de los regímenes de la zona y de actores no estatales. Arabia Saudí, Qatar y EAU pasan de ser simples aliados a erigirse en elementos condicionantes de las dinámicas internas de los países del norte de África. La presencia se produce en términos de injerencia e interferencia en aquellos puntos que las monarquías del Golfo consideran fundamentales para sus intereses. No existe un marco relacional basado en un trato equitativo entre partes, sino que son las potencias extranjeras quienes marcan la agenda.

La recepción de la presencia de las monarquías árabes en el norte de África es diferente según cada país. El régimen argelino es el que muestra un interés menor por acercarse a las potencias del Golfo. Túnez intenta lograr un respaldo internacional que no esté supeditado a un bloque determinado. Marruecos quiere preservar la independencia de su acción exterior, mientras refuerza las ligazones con los miembros del CCG. Sin embargo, el régimen egipcio aumenta su dependencia del apoyo dado por Arabia Saudí y EAU, mientras que en Libia sigue siendo persisten la inferencia de terceros países. En resumen, las dinámicas regionales están cada vez más condicionadas por estas monarquías.

Referencias

Al-Rasheed, M. 2017. King Salman and his son: Winning the US losing the rest. *LSE Middle East Centre Report*. September 2017. Disponible en web: <http://eprints.lse.ac.uk/84283/> [Consulta 18 de junio de 2021]

Azaola-Piazza, B. y Miguel Hernando de Larramendi. 2020. The interplay of regional and domestic politics in Egypt: the case of Salafism. *Contemporary Politics*.

Azaola, B. e Irene González, I. 2017. Las relaciones de España y el Egipto post-Mubarak (2011-2015). *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*. N.º 23, 2017.

Darwich, M. 2018. The Saudi intervention in Yemen: struggling for status. *Insight Turkey*, Vol. 20, No 2, The Gulf on the verge global challenges and regional dynamics (Spring 2018).

Elakawi, Z.S. 2014. La formulación de un nuevo mapa geoestratégico tras la primavera árabe. González del Miño, P. (ed.): *Tres años de revoluciones árabes*. Madrid: Editorial La Catarata.

Dazi-héni, F. 2019. Algeria's Foreign Policy in the Gulf: Iran and the GCC States. Zoubir, Y.H. (ed.): *The Politics of Algeria*. London: Routledge.

Fernández-Molina, I, Laura Feliu y Miguel Hernando de Larramendi. 2019. The 'subaltern' foreign policies of North African countries: old and new responses to economic dependence, regional insecurity and domestic political change, *The Journal of North African Studies*, 24:3

Fernández-Molina, I. 2015. Protests under occupation: The spring inside Western Sahara. *Mediterranean Politics*, 20 (2).

Godoy, P.G. La transición democrática en Túnez: Ideologías y partidos. *Historia del presente*, 2016, no 28.

González, M y Luis Meilán. 2018. ¿Transición democrática o involución? El factor internacional ante la primavera árabe. Los casos de Túnez y Egipto. *Revista UNISCI/ Unisci Journal*. Nº 47, (Mayo/May 2018).

González del Miño, P y David Hernández. 2019. The salman doctrine in saudi arabia's foreign policy: objectives and the use of military forces. *austral: brazilian journal of strategy & international relations*, 2019, vol. 8, no 16.

Guérauiche, W. 2019. The UAE and the Arab Spring: rethinking foreign policy. Çakmak, C y Ali Onur Özçelik (ed.): *The world community and the Arab Spring*. Londres: Palgrave Macmillan.

Hernández, D. 2020. *El reino de Arabia Saudí y la hegemonía de Oriente Medio*. Madrid: Editorial La Catarata.

Hernández, D. 2018. *La política exterior de Arabia Saudí en Oriente Medio tras la primavera árabe: objetivos y estrategias regionales (2011-2016)*. Tesis Doctoral. Universidad Complutense de Madrid. Disponible en web: <https://eprints.ucm.es/id/eprint/51661/> [Consulta 20 de junio de 2021]

Hernández, D. 2017. Morocco and the GCC: between Saudi Arabia and Qatar. *LSE Middle East Centre*. September 25th, 2017. Disponible en: <https://blogs.lse.ac.uk/mec/2017/09/25/morocco-inside-the-gcc-between-saudi-arabia-and-qatar/> [Consulta 19 de junio de 2021]

Isaac, S. K. 2015. Gulf Assistance Funds Post-2011: Allocation, Motivation and Influence. *IEMed, Mediterranean Yearbook*. Barcelona: European Institute of the Mediterranean (IEMed).

Jacobs, A. L. 2020. Qatar-Tunisia ties spur competition with Gulf Arab neighbors. *The Arab Gulf States Institute in Washington*. Disponible en web: <https://agsiw.org/qatar-tunisia-ties-spur-competition-with-gulf-arab-neighbors/> [Consulta 21 junio de 2021]

Lefèvre, R. 2017. The impact of the Gulf crisis on the Maghrib. *The Journal of North African Studies*, vol. 22, no 5.

Maziad, M. (2021). Qatar in Egypt: The politics of Al Jazeera. *Journalism*, 22 (4).

Megerisi, T. 2020. Why the ‘ignored war’ in Libya will come to haunt a blinkered west. *Africa Security Brief*. The Africa Center for Strategic Studies. N° 37, May 2020.

Meneses, R. 2017. Siete años de transición en Túnez: buscando una hoja de ruta. Mesa M. (coord.): *Derechos humanos y seguridad internacional: amenazas e involución*. Anuario 2017-2018. Madrid: CEIPAZ. Centro de Educación e Investigación.

Nuruzzaman, M. 2015. Qatar and the Arab Spring: down the foreign policy slope. *Contemporary Arab Affairs*. Volume 8, 2015, Issue 2.

Priego, A. 2015. Las primaveras árabes: la influencia de Qatar y sus relaciones con los Estados del Golfo. *Revista UNISCI/UNISCI Journal*, N° 39 (Octubre/ October 2015).

Roberts, D. 2012. Understanding Qatar's foreign policy objectives. *Mediterranean Politics*. Vol 17, No 2. July 2012.

Thieux, L y Miguel Hernando de Larramendi. 2019. Transformaciones y procesos políticos y sociales en el Norte de África desde 2011. González E.A. e Itxaso Domínguez de Olazábal (coord.): *Informe África 2019. Dinámicas transfronterizas en un contexto global*. Fundación Alternativas. Disponible en web: <https://www.fundacionalternativas.org/las-publicaciones/informes/informe-africa-2019-dinamicas-transfronterizas-en-un-contexto-globalizado> [Consulta 15 de junio de 2021]